

CARLOS ILLADES

Las otras ideas

Estudio sobre el primer socialismo en México
1850-1935



Ediciones Era



ÍNDICE

Introducción, 13

1. Adorno: Progreso y providencia, 45
 - Un espíritu fáustico, 50
 - Las raíces del atraso, 57
 - El análisis de las pasiones, 63
 - La ruta hacia la felicidad, 68

2. Pizarro: República y utopía social, 75
 - Orden político y pacto social, 77
 - Los ciudadanos de utopía, 85
 - Espiritismo, 92

3. Considerant: La crítica del régimen liberal, 99
 - El discípulo de Fourier, 101
 - Las cartas a Bazaine, 108
 - Los últimos años, 121
 - Considerant y Turner, 123

4. Rhodakanaty: La exposición de la doctrina, 131
 - Un predicador secular, 135
 - La discusión filosófica, 138
 - El problema de la religión, 142
 - La cuestión social, 147

5. El partido sociocrático, 155
 - Las primeras acciones, 158
 - La Social, 161
 - En el movimiento obrero, 168
 - Con los campesinos, 170
 - Dentro de la Internacional, 174

6. Owen: La ciudad ideal, 181
 - El último utopista, 185
 - Topolobampo, 191
 - Del campo a la ciudad, 196

7. Los intelectuales obreros, 205
 - El Gran Círculo de Obreros de México, 207
 - Mata Rivera, 215
 - González y González, 221

8. De la armonía social a la lucha de clases, 231
 - El Congreso de 1876, 236
 - En busca de una definición, 239
 - El Segundo Congreso Obrero, 250
 - Los congresos obrero socialistas, 258

9. El ocaso del primer socialismo, 269
 - La difusión del marxismo, 271
 - El estudiante modelo, 274
 - Matar al padre, 281

- Conclusión, 301

- Bibliografía, 311
 - Fuentes impresas, 311
 - Bibliografía citada, 313

INTRODUCCIÓN

Hoy día las formulaciones utópicas carecen de la credibilidad que poseían hace dos siglos. Del optimismo con que las concebía Wilde, quien con una certeza heredada de las Luces creía en la perfectibilidad humana y decía que “el progreso es la realización de las utopías”, pasamos a preguntarnos con Berlin si el sentido de esta perfectibilidad era unívoco o, como mostró la modernidad, “hemos de tener tantos tipos de perfección como tipos de cultura hay”. La posmodernidad con su “condena a las ilusiones alternativas”¹ cerró el ataúd de la utopía de tal manera que ésta ya no parece cosa del futuro, como pensaron los hombres del XIX, sino un asunto del pasado, de un pretérito incómodo al que ahora frecuentemente se mira con horror, escepticismo o desencanto ante el balance de sus resultados efectivos.

Marcuse dio al final de la utopía una dimensión histórica. Paradójicamente, su factibilidad y no su imposibilidad la había vuelto innecesaria en la sociedad industrial avanzada. Al existir las condiciones materiales de su concreción, desaparecía del horizonte, “porque las posibilidades llamadas utópicas no son en absoluto utópicas, sino negación histórico-social de lo existente”.² El progreso anunciado por Wilde se había convertido en la realidad que el fundador de la teoría crítica constataba en los albores de la rebelión estudiantil de los sesenta. Recientemente, Fredric Jameson discutió su pertinencia, dada la monumental dislocación histórica provocada por la globalización que escindió al mundo en dos. En el primero, lo social está tan desintegrado —entre miseria, pobreza, desempleo, hambre, desdicha, violencia y muerte— que los programas de los pensadores utópicos “resultan de una frivolidad equiparable a su irrelevancia”. Dentro del otro, “una riqueza sin precedentes, la produc-

¹ Wilde, *El alma*, p. 41; Berlin, *El fuste*, p. 57; Anderson, *Los orígenes*, p. 66.

² Marcuse, *El final*, p. 17. Incluso para algunos pensadores marxistas, las utopías, además de ser imposibles, provocaban el efecto indeseado y perverso de encubrir errores y justificar atrocidades. Había que reemplazarlas entonces por la evaluación racional de alternativas históricas viables y operativas. Wallerstein, *Utopística*, p. 3.

ción informatizada, descubrimientos científicos y médicos inimaginables hace un siglo, así como una variedad infinita de placeres comerciales y culturales, parecen haber vuelto la fantasía y la especulación utópicas tan aburridas y anticuadas como los relatos pretecnológicos del viaje espacial”:³ Un sueño fatuo e ingenuo, o un anacronismo, dependiendo del lugar del planeta en que se viva y del monto del ingreso que se tenga. En cualquier caso, inoperante en sentido práctico. El mismo Jameson abrió otra ventana analítica: más allá de su viabilidad, la utopía cumple el cometido de desnudar los límites del presente, nuestras limitaciones como fuerza trascendente y portadora de futuro, porque su relevancia no reside “en ayudarnos a imaginar un futuro mejor, sino más bien en mostrar nuestra total incapacidad para imaginar un futuro tal –nuestro encarcelamiento en un presente no utópico sin historicidad ni futuralidad– a fin de revelar el cierre ideológico del sistema en el que de algún modo nos encontramos atrapados y confinados”. Esta incapacidad está ligada con la pérdida de sentido característica de la ideología posmoderna que desmanteló dos de las convicciones fundamentales de la modernidad: la primera, derivada de la Revolución Francesa, según la cual la humanidad era capaz de autoemanciparse mediante la razón; la segunda, desprendida del idealismo alemán, que concebía el despliegue del espíritu como una ruta hacia la verdad.⁴

Prácticamente todas las utopías modernas tuvieron por fundamento el trabajo –factor productivo y componente ético a la vez– y la economía globalizada lo está liquidando. El pleno empleo implícito en éstas parece inalcanzable como nunca. Dentro de la isla del rey Utopo la jornada de trabajo duraba seis horas y la población citadina se alternaba los ciclos de las labores agrícolas a modo de que todos participaran en la producción de la riqueza, y para “que nadie quedara obligado a llevar durante más tiempo una vida harto dura”. En la Ciudad del Sol los oficios eran parte de la educación elemental y poseían una gran dignidad, por eso los habitantes “se ríen de nosotros que consideramos faltos de nobleza a los artesanos, y llamamos nobles a aquellos que no aprenden ningún arte, viven en la ociosidad y mantienen en el ocio y en la lascivia a tan-

³ Jameson, “La política”, p. 37. Para un comentario crítico véase Anderson, “El río”, 2004.

⁴ Jameson, “La política”, p. 47; Anderson, *Los orígenes*, p. 39. La cita es del primero.

tos servidores para ruina de la república”. Nadie estaba ocioso y todos trabajaban porque la proscripción de la propiedad privada impedía la acumulación individual de la riqueza. Además, dominaba la escasez y, consecuentemente, el concurso de todos resultaba indispensable para salir adelante.⁵

El trabajo fue un valor esencial en el ascenso de la burguesía y el núcleo de la teoría del valor de la economía política de Adam Smith y David Ricardo. En Rousseau aparece como un elemento liberador que garantiza la autonomía del ser humano. Dentro del pensamiento socialista el trabajo cobró aún mayor relevancia, al punto que su emancipación del yugo del capital orientó su perspectiva política. La ideología burguesa enfiló sus baterías contra el parasitismo aristocrático y la socialista, contra otro de signo burgués. La burguesía vio en la aristocracia a una clase ociosa, y aquélla se concibió a sí misma como una clase productiva capaz de generar riqueza y no simplemente dilapidarla como su predecesora del *ancien régime*. De hecho, el primer socialismo rescató esta cualidad de los capitalistas industriales, diferenciándolos de los comerciantes y los usureros, y el *Manifiesto comunista* celebró el inmenso desarrollo de las fuerzas productivas en la era del capital. El posterior descubrimiento de la explotación del trabajo por parte de Marx acabaría con la idea de que la burguesía también trabajaba y que la riqueza era un resultado directo de su esfuerzo, además de “la vida idónea para formarse un buen carácter”.⁶

En este cierre epocal se habla del fin del trabajo (también del fin de la historia como veremos poco más adelante) ante el advenimiento de una nueva forma de civilización caracterizada por expulsar compulsivamente del mercado laboral a un sinnúmero de personas para engrosar las filas

⁵ Moro, *Utopía*, p. 71; Campanella, *La Política*, p. 233. Desde la revolución tecnológica de la segunda modernidad se rompió el círculo de la escasez y el ascetismo en la literatura utópica, reemplazándose con la abundancia y las posibilidades ilimitadas al estilo Condorcet y Fourier, en el pensamiento social, o Verne y Wells en la ficción literaria. Finley, *Usos*, p. 285.

⁶ Gay, *Schnitzler*, p. 201. Para Rousseau, por ejemplo, el trabajo posee un carácter social, por eso contempla “las secuelas indeseables de la distinción entre trabajadores y no trabajadores y la correlación directa entre trabajo y pobreza y no trabajo y lujo”. Díez, *Utilidad*, p. 232. En Saint-Simon, donde está también esta oposición, “es posible la unanimidad entre todos aquellos que trabajan”. Ricoeur, *Utopía*, p. 313.

de los mal llamados “excluidos”. Por primera vez en la historia —señala Jeremy Rifkin— “el trabajo humano está siendo paulatina y sistemáticamente eliminado del proceso de producción”. Del viejo artesano orgulloso del oficio y del obrero calificado que lo reemplazó en la sociedad industrial no queda mucho más que una desdibujada línea de personas buscando empleo literalmente en *lo que sea*. Esta pérdida de centralidad del trabajo provocó un vacío social y cultural convirtiéndolo “en una entidad desprovista de contenido”.⁷

Ausentes las condiciones que la hacían comprensible, la utopía prácticamente carece de perspectiva hoy en día donde, como señala Terry Eagleton, “ya no es cuestión de si la vida social tiene significado, o de si esta significación particular es preferible a aquella, sino de si dicha cuestión es siquiera inteligible”.⁸ Tampoco tiene cabida dentro de la empresa deconstruccionista dirigida a “confrontar todo orden instituido con la radical contingencia de sus fundamentos”, es decir, el opuesto del proyecto ilustrado, nutrido por la certeza de que la razón fijaba objetivos universales, verdaderos y eternos “para todos los hombres, en todo lugar, en cualquier momento”, además de que existía una esencia humana única, “el hombre en general”. Por tanto, si ya no queda espacio para las formulaciones utópicas, porque las coordenadas que las hacían pensables se dislocaron, éstas no ocuparían otro lugar más que el de la historia. Estaríamos otra vez ante su fin, no por la existencia de las condiciones para su concreción histórica, sino porque se habrían tornado de plano inconcebibles en una época, caracterizada por Hobsbawm, el gran historiador del siglo XX, como “absurda, irónica, surrealista y monstruosa”.⁹

Sin embargo, este libro trata de un tiempo en que las utopías eran comprensibles y parecían verosímiles. No está de más subrayar que la perspectiva socialista se generó dentro del contexto intelectual de la modernidad, el cual reconfiguró el concepto de historia, asignando, de acuerdo con Koselleck, “la dimensión de futuro más bien al ‘progreso’ y

⁷ Rifkin, *El fin*, p. 23; Forrester, *El horror*, p. 9. Como muchos otros, el alfarero Cipriano Algor y su trabajo son absolutamente prescindibles: “No quiero angustiarlo —le dijo el jefe de el Centro—, pero creo que a partir de ahora sus lozas sólo interesarán a los coleccionistas, y éstos son cada vez menos”. Saramago, *La caverna*, p. 28.

⁸ Eagleton, *Ideología*, p. 62.

⁹ Palti, *Verdades*, p. 96; Berlín, *El sentido*, p. 257; Palti, *Aportas*, 140; Hobsbawm, *Años*, p. 17.